

W. W. Jacobs

La Pata de Mono





W. W. Jacobs

La Pata de Mono



LIBRO DESCARGADO EN [WWW.ELEJANDRIA.COM](http://WWW.ELEJANDRIA.COM), TU SITIO WEB DE OBRAS DE  
DOMINIO PÚBLICO  
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!

# LA PATA DE MONO

**W. W. JACOBS**

**PUBLICADO: 1901**

**FUENTE: EN.WIKISOURCE.ORG**

**EDICIÓN: DODD, MEAD AND Co., NEW YORK**

**TRADUCTOR: ELEJANDRÍA**

# LA PATA DE MONO

W. W. JACOBS

## I

Afuera, la noche era fría y húmeda, pero en el pequeño salón de Laburnam Villa las persianas estaban bajadas y el fuego ardía con brillo. El padre y el hijo jugaban al ajedrez, el primero, quien poseía ideas sobre el juego que implicaban cambios radicales, poniendo a su rey en peligros tan agudos e innecesarios que incluso provocó comentarios de la anciana de cabellos blancos que tejía plácidamente junto al fuego.

"Escucha el viento", dijo el señor White, quien, tras haber visto un error fatal cuando ya era demasiado tarde, deseaba amablemente evitar que su hijo lo viera.

"Estoy escuchando", dijo este último, observando sombríamente el tablero mientras estiraba la mano.

"Jaque."

"Dudo mucho que venga esta noche", dijo su padre, con la mano suspendida sobre el tablero.

"Jaque mate", respondió el hijo.

"Eso es lo peor de vivir tan lejos", gritó el señor White, con una violencia súbita e inesperada; "de todos los lugares asquerosos, fangosos y apartados para vivir, este es el peor. El camino es un lodazal, y la carretera un torrente. No sé en qué piensa la gente. Supongo que, como solo dos casas en la carretera están alquiladas, creen que no importa."

"No te preocupes, querido", dijo su esposa, tranquilizadora; "quizás ganes la próxima." El señor White levantó la vista bruscamente, justo a tiempo para interceptar una mirada cómplice entre madre e hijo. Las palabras se desvanecieron en sus labios, y ocultó una sonrisa culpable en su delgada barba gris.

"Allí está", dijo Herbert White, cuando la puerta se cerró de golpe ruidosamente y pasos pesados se dirigieron hacia la puerta.

El anciano se levantó con prisa hospitalaria y, al abrir la puerta, se le oyó condolerse con el recién llegado. El recién llegado también se condolía de sí mismo, de modo que la señora White dijo, "¡Vaya, vaya!" y tosió suavemente mientras su esposo entraba a la habitación, seguido por un hombre alto, fornido, de ojos brillantes y rostro rubicundo.

"El sargento mayor Morris", dijo, presentándolo.

El sargento mayor estrechó manos y, tomando el asiento ofrecido junto al fuego, observó contento mientras su anfitrión sacaba whisky y vasos y colocaba un pequeño hervidor de cobre en el fuego.

Al tercer vaso sus ojos se iluminaron, y comenzó a hablar, el pequeño círculo familiar lo observaba con interés ávido a este visitante de tierras lejanas, mientras cuadraba sus anchos hombros en la silla y hablaba de escenas salvajes y hazañas valientes; de guerras y plagas y pueblos extraños.

"Veintiún años de ello", dijo el señor White, asintiendo a su esposa e hijo. "Cuando se fue, era un jovencito en el almacén. Ahora míralo."

"No parece que le haya ido mal", dijo la señora White, cortésmente.

"Me gustaría ir a India yo mismo", dijo el anciano, "solo para dar una vuelta, ya sabes."

"Mejor donde estás", dijo el sargento mayor, negando con la cabeza. Puso el vaso vacío sobre la mesa y, suspirando suavemente, lo agitó de nuevo.

"Me gustaría ver esos viejos templos y faquires y malabaristas", dijo el anciano. "¿Qué era eso que empezaste a contarme el otro día sobre una pata de mono o algo así, Morris?"

"Nada", dijo el soldado, apresuradamente. "En fin, nada que valga la pena escuchar."

"¿Pata de mono?" dijo la señora White, con curiosidad.

"Bueno, es solo un poco de lo que podrías llamar magia, quizás", dijo el sargento mayor, despreocupadamente.

Sus tres oyentes se inclinaron hacia adelante con interés. El visitante, distraídamente, llevó su vaso vacío a los labios y luego lo volvió a bajar. Su anfitrión lo llenó para él.

"Para mirarla", dijo el sargento mayor, rebuscando en su bolsillo, "es solo una pequeña pata ordinaria, secada como una momia."

Sacó algo de su bolsillo y lo ofreció. La señora White retrocedió con una mueca, pero su hijo, tomándola, la examinó con curiosidad. "¿Y qué tiene de especial?" preguntó el señor White al tomarla de su hijo, y después de examinarla, la colocó sobre la mesa.

"Tenía un hechizo puesto por un viejo faquir", dijo el sargento mayor, "un hombre muy santo. Quería demostrar que el destino regía la vida de las personas, y que aquellos que interferían con él lo

hacían para su pesar. Puso un hechizo en ella para que tres hombres distintos pudieran tener cada uno tres deseos de ella."

Su manera era tan impresionante que sus oyentes fueron conscientes de que su risa ligera sonaba algo discordante.

"Bueno, ¿por qué no pides tres, señor?" dijo Herbert White, ingeniosamente.

El soldado lo miró de la manera en que la mediana edad suele mirar a la juventud presuntuosa. "Lo hice", dijo, tranquilamente, y su rostro moteado se blanqueó.

"¿Y realmente se te concedieron los tres deseos?" preguntó la señora White.

"Sí", dijo el sargento mayor, y su vaso golpeó contra sus fuertes dientes. "¿Y alguien más ha deseado?" insistió la anciana.

"El primer hombre tuvo sus tres deseos. Sí", fue la respuesta; "No sé cuáles fueron los dos primeros, pero el tercero fue la muerte. Así es como conseguí la pata."

Sus tonos fueron tan graves que un silencio cayó sobre el grupo.

"Si ya has tenido tus tres deseos, ya no te sirve de nada ahora, ¿verdad, Morris?" dijo finalmente el anciano. "¿Para qué la guardas?"

El soldado sacudió la cabeza. "Por capricho, supongo", dijo lentamente. "Tenía alguna idea de venderla, pero creo que no lo haré. Ya ha causado suficiente travesura. Además, la gente no compra. Piensan que es un cuento de hadas; algunos de ellos, y aquellos que piensan algo de ella quieren probarla primero y pagarme después."

"Si pudieras tener otros tres deseos", dijo el anciano, mirándolo fijamente, "¿los tendrías?"

"No sé", dijo el otro. "No sé."

Tomó la pata y, colgándola entre su dedo índice y pulgar, de repente la lanzó al fuego. White, con un pequeño grito, se agachó y la sacó.

"Mejor dejarla quemar", dijo el soldado, solemnemente.

"Si no la quieres, Morris", dijo el otro, "dámela a mí."

"No", dijo su amigo, tercamente. "La lancé al fuego. Si la guardas, no me culpes por lo que suceda. Tírala al fuego otra vez, como un hombre sensato."

El otro sacudió la cabeza y examinó su nueva posesión de cerca. "¿Cómo se hace?" preguntó.

"Sosténla en tu mano derecha y desea en voz alta", dijo el sargento mayor, "pero te advierto de las consecuencias."

"Suena como Las mil y una noches", dijo la señora White, mientras se levantaba y comenzaba a preparar la cena. "¿No crees que podrías desear cuatro pares de manos para mí?"

Su esposo sacó el talismán del bolsillo, y luego los tres estallaron en risas mientras el sargento mayor, con una expresión de alarma en su rostro, lo agarró del brazo. "Si debes desear", dijo, bruscamente, "desea algo sensato."

El señor White lo devolvió a su bolsillo, y colocando sillas, invitó a su amigo a la mesa. En el negocio de la cena, el talismán fue parcialmente olvidado, y después los tres se sentaron escuchando de manera embelesada la segunda entrega de las aventuras del soldado en India.

"Si el cuento sobre la pata de mono no es más verdadero que los que nos ha estado contando", dijo Herbert, cuando la puerta se cerró tras su invitado, justo a tiempo para que alcanzara el último tren, "no sacaremos mucho de ello."

"¿Le diste algo por ella, padre?" preguntó la señora White, mirando a su esposo de cerca.

"Una nimiedad", dijo él, coloreando ligeramente. "No la quería, pero lo hice tomarla. Y me insistió de nuevo que la tirara."

"Probablemente", dijo Herbert, con horror fingido. "Vamos a ser ricos, famosos y felices. Desea ser un emperador, padre, para



empezar; así no podrás ser dominado." Corrió alrededor de la mesa, perseguido por la difamada señora White armada con un antimacasar.

El señor White sacó la pata de su bolsillo y la miró con dudas. "No sé qué desear, y eso es un hecho", dijo lentamente. "Me parece que tengo todo lo que quiero."

"Si solo liquidaras la hipoteca, serías completamente feliz, ¿no?" dijo Herbert, con la mano en su hombro. "Bueno, desea doscientas libras entonces; eso justo lo solucionaría."

Su padre, sonriendo avergonzado por su propia credulidad, sostuvo el talismán, mientras su hijo, con una cara solemne, algo arruinada por un guiño a su madre, se sentó al piano y tocó unos acordes impresionantes.

"Deseo doscientas libras", dijo el anciano claramente.

Un estruendo procedente del piano saludó las palabras, interrumpido por un grito tembloroso del anciano. Su esposa e hijo corrieron hacia él.

"Se movió", gritó, con una mirada de disgusto al objeto mientras yacía en el suelo. "Mientras deseaba, se retorció en mi mano como una serpiente."

"Bueno, no veo el dinero", dijo su hijo mientras lo recogía y lo colocaba sobre la mesa, "y apuesto a que nunca lo haré."

"Debe haber sido tu imaginación, padre", dijo su esposa, mirándolo ansiosamente.

Él sacudió la cabeza. "No importa, de todos modos; no hay daño hecho, pero aun así me dio un susto."

Se sentaron de nuevo junto al fuego mientras los dos hombres terminaban sus pipas. Afuera, el viento era más fuerte que nunca, y el anciano comenzó nerviosamente al sonido de una puerta golpeando arriba. Un silencio inusual y deprimente se asentó sobre

los tres, que duró hasta que la pareja mayor se levantó para retirarse por la noche.

"Supongo que encontrarás el efectivo atado en una gran bolsa en medio de tu cama", dijo Herbert, al despedirlos por la noche, "y algo horrible agazapado en la parte superior del armario observándote mientras guardas tus ganancias mal habidas."

Se quedó solo en la oscuridad, mirando el fuego moribundo, y viendo caras en él. La última cara era tan horrible y tan simiesca que la miró con asombro. Se volvió tan vívida que, con una pequeña risa incómoda, buscó en la mesa un vaso con un poco de agua para echarle encima. Su mano agarró la pata del mono, y con un pequeño escalofrío se limpió la mano en su abrigo y subió a la cama.

## II

En el brillo del sol invernal de la mañana siguiente, mientras iluminaba la mesa del desayuno, él se rió de sus miedos. Había un aire de sana prosaísmo en la habitación que había faltado la noche anterior, y la sucia y arrugada patita fue lanzada en el aparador con una despreocupación que no denotaba una gran creencia en sus virtudes.

"Supongo que todos los viejos soldados son iguales", dijo la señora White. "¡La idea de que escucháramos tales tonterías! ¿Cómo podrían concederse deseos en estos tiempos? Y si pudieran, ¿cómo podrían doscientas libras lastimarte, padre?"

"Podrían caerle en la cabeza desde el cielo", dijo el frívolo Herbert.

"Morris dijo que las cosas sucedían tan naturalmente", dijo su padre, "que podrías, si así lo deseas, atribuirlo a la coincidencia."

"Bueno, no te gastes el dinero antes de que vuelva", dijo Herbert al levantarse de la mesa. "Me temo que te convertirá en un hombre mezquino y avaro, y tendremos que desheredarte."

Su madre se rió, y siguiéndolo hasta la puerta, lo observó bajar la calle; y volviendo a la mesa del desayuno, estaba muy contenta a costa de la credulidad de su esposo. Todo lo cual no le impidió apresurarse a la puerta al golpe del cartero, ni le impidió referirse de manera algo cortante a los sargentos mayores retirados de hábitos bibulosos cuando descubrió que el correo traía una factura del sastre.

"Herbert tendrá algunos de sus comentarios graciosos, espero, cuando vuelva a casa", dijo, mientras cenaban.

"Me atrevo a decir", dijo el señor White, sirviéndose un poco de cerveza; "pero a pesar de todo, la cosa se movió en mi mano; a eso lo juro."

"Pensaste que lo hizo", dijo la anciana de manera reconfortante.

"Digo que lo hizo", respondió el otro. "No hubo pensamiento al respecto; yo justo — ¿Qué pasa?"

Su esposa no respondió. Estaba observando los misteriosos movimientos de un hombre afuera, que, mirando de manera indecisa a la casa, parecía estar intentando decidirse a entrar. En conexión mental con las doscientas libras, notó que el extraño estaba bien vestido y llevaba un sombrero de seda de nueva brillantez. Tres veces se detuvo en la puerta, y luego siguió caminando. La cuarta vez se detuvo con la mano sobre ella, y luego, con resolución repentina, la abrió de golpe y subió por el camino. La señora White, en ese mismo momento, colocó sus manos detrás de ella y, desatando apresuradamente las cuerdas de su delantal, puso ese útil artículo de vestir debajo del cojín de su silla.

Ella trajo al extraño, que parecía incómodo, a la habitación. La miró furtivamente y escuchó de manera distraída mientras la anciana se disculpaba por la apariencia de la habitación y el abrigo de su esposo, una prenda que él usualmente reservaba para el jardín. Luego esperó tan pacientemente como su sexo lo permitiría, para que él abordara su asunto, pero al principio él estuvo extrañamente callado.

"Fui — pedido para llamar", dijo finalmente, y se inclinó y recogió un pedazo de algodón de su pantalón. "Vengo de 'Maw y Meggins'."

La anciana se sobresaltó. "¿Ha pasado algo?" preguntó, sin aliento. "¿Le ha pasado algo a Herbert? ¿Qué es? ¿Qué es?"

Su esposo intervino. "Ahí, ahí, madre", dijo, apresuradamente. "Siéntate y no saques conclusiones precipitadas. Estoy seguro de que no has traído malas noticias, señor;" y miró al otro con anhelo.

"Lo siento—" comenzó el visitante.

"¿Está herido?" demandó la madre, frenéticamente.

El visitante asintió con la cabeza. "Gravemente herido", dijo, tranquilamente, "pero no está sufriendo dolor."

"Oh, gracias a Dios!" dijo la anciana, juntando sus manos. "¡Gracias a Dios por eso! Gracias—"

Se detuvo de repente cuando el significado siniestro de la aseguanza se le reveló y vio la terrible confirmación de sus temores en el rostro perturbado del otro. Contuvo la respiración y, volviéndose hacia su esposo, de reacciones más lentas, puso su temblorosa mano anciana sobre la de él. Hubo un largo silencio. "Quedó atrapado en la maquinaria", dijo el visitante finalmente en voz baja.

"Atrapado en la maquinaria", repitió el señor White, de manera aturdida, "sí."

Se quedó mirando fijamente por la ventana, y tomando la mano de su esposa entre las suyas, la presionó como solía hacer en los

días de su antiguo cortejo, casi cuarenta años antes.

"Él era el único que nos quedaba", dijo, girándose suavemente hacia el visitante. "Es duro."

El otro tosió y, levantándose, caminó lentamente hacia la ventana. "La firma deseaba expresar su más sincera simpatía con ustedes en su gran pérdida", dijo, sin volverse. "Les ruego que entiendan que solo soy su servidor y simplemente obedezco órdenes."

No hubo respuesta; el rostro de la anciana estaba blanco, sus ojos fijos, y su respiración inaudible; en el rostro del esposo había una mirada como la que su amigo el sargento podría haber llevado a su primera acción.

"Se me dijo que mencionara que Maw y Meggins renuncian a toda responsabilidad", continuó el otro. "No admiten ninguna responsabilidad en absoluto, pero en consideración a los servicios de su hijo, desean presentarles una cierta suma como compensación."

El señor White soltó la mano de su esposa y, poniéndose de pie, miró con una mirada de horror a su visitante. Sus labios secos formaron las palabras, "¿Cuánto?"

"Doscientas libras", fue la respuesta.

Inconsciente del grito de su esposa, el anciano sonrió débilmente, extendió sus manos como un hombre ciego, y cayó, un montón sin sentido, al suelo.



### III

En el enorme cementerio nuevo, a unas dos millas de distancia, los ancianos enterraron a su muerto y volvieron a una casa sumida en sombras y silencio. Todo sucedió tan rápidamente que al principio apenas podían darse cuenta, y permanecieron en un estado de expectativa como si esperaran algo más que sucediera — algo que aligerara esta carga, demasiado pesada para corazones viejos.

Pero los días pasaron, y la expectativa dio paso a la resignación — la resignación desesperada de los ancianos, a veces mal llamada, apatía. A veces apenas intercambiaban una palabra, pues ahora no tenían de qué hablar, y sus días eran largos hasta el cansancio.

Fue aproximadamente una semana después que el anciano, despertando de repente en la noche, extendió su mano y se encontró solo. La habitación estaba oscura, y el sonido de sollozos contenidos venía desde la ventana. Se levantó en la cama y escuchó.

"Vuelve", dijo, tiernamente. "Tendrás frío."

"Hace más frío para mi hijo", dijo la anciana, y volvió a llorar.

El sonido de sus sollozos se desvaneció en sus oídos. La cama estaba caliente, y sus ojos pesados de sueño. Dormitó intermitentemente, y luego durmió hasta que un grito salvaje de su esposa lo despertó sobresaltado.

"¡La pata!" gritó ella desesperadamente. "¡La pata del mono!"

Él se levantó alarmado. "¿Dónde? ¿Dónde está? ¿Qué pasa?"

Ella tropezó cruzando la habitación hacia él. "La quiero", dijo, tranquilamente. "¿No la has destruido?"

"Está en el salón, en el soporte", él respondió, maravillado. "¿Por qué?"

Ella lloró y rió al mismo tiempo, y, inclinándose, le besó la mejilla.

"Solo ahora lo pensé", dijo, histéricamente. "¿Por qué no lo pensé antes? ¿Por qué no lo pensaste tú?" "¿Pensar en qué?" él preguntó.

"Los otros dos deseos", respondió ella, rápidamente. "Solo hemos tenido uno."

"¿No fue eso suficiente?" él demandó, ferozmente.

"No", gritó ella, triunfalmente; "tendremos uno más. Baja y consíguelo rápido, y desea que nuestro niño vuelva a vivir."

El hombre se sentó en la cama y lanzó las cobijas de sus temblorosas extremidades. "¡Dios mío, estás loca!" gritó, horrorizado.

"Consíguelo", ella jadeó; "consíguelo rápido, y desea. ¡Oh, mi niño, mi niño!"

Su esposo encendió una cerilla e iluminó la vela. "Vuelve a la cama", dijo, con voz inestable. "No sabes lo que estás diciendo."

"El primer deseo se concedió", dijo la anciana, febrilmente; "¿por qué no el segundo?"

"Una coincidencia", tartamudeó el anciano.

"Ve y consíguelo y desea", gritó su esposa, temblando de emoción.

El anciano se giró y la miró, y su voz temblaba. "Ha estado muerto diez días, y además él — no te lo diría de otra manera, pero — solo pude reconocerlo por su ropa. Si fue demasiado terrible para ti verlo entonces, ¿cómo ahora?"

"Tráelo de vuelta", gritó la anciana, arrastrándolo hacia la puerta. "¿Crees que temo al niño que he criado?"

Él bajó en la oscuridad y se abrió camino hacia el salón, y luego hacia la repisa de la chimenea. El talismán estaba en su lugar, y un horrible miedo de que el deseo no expresado pudiera traer a su hijo mutilado ante él antes de que pudiera escapar de la habitación se

apoderó de él, y contuvo la respiración al darse cuenta de que había perdido la dirección de la puerta. Con la frente fría por el sudor, se abrió camino alrededor de la mesa y tanteó a lo largo de la pared hasta que se encontró en el pequeño pasillo con la cosa insalubre en su mano.

Incluso el rostro de su esposa parecía cambiado cuando entró en la habitación. Estaba blanco y expectante, y para sus miedos parecía tener una mirada antinatural en él. Tenía miedo de ella.

"¡Desea!" gritó ella, con voz fuerte.

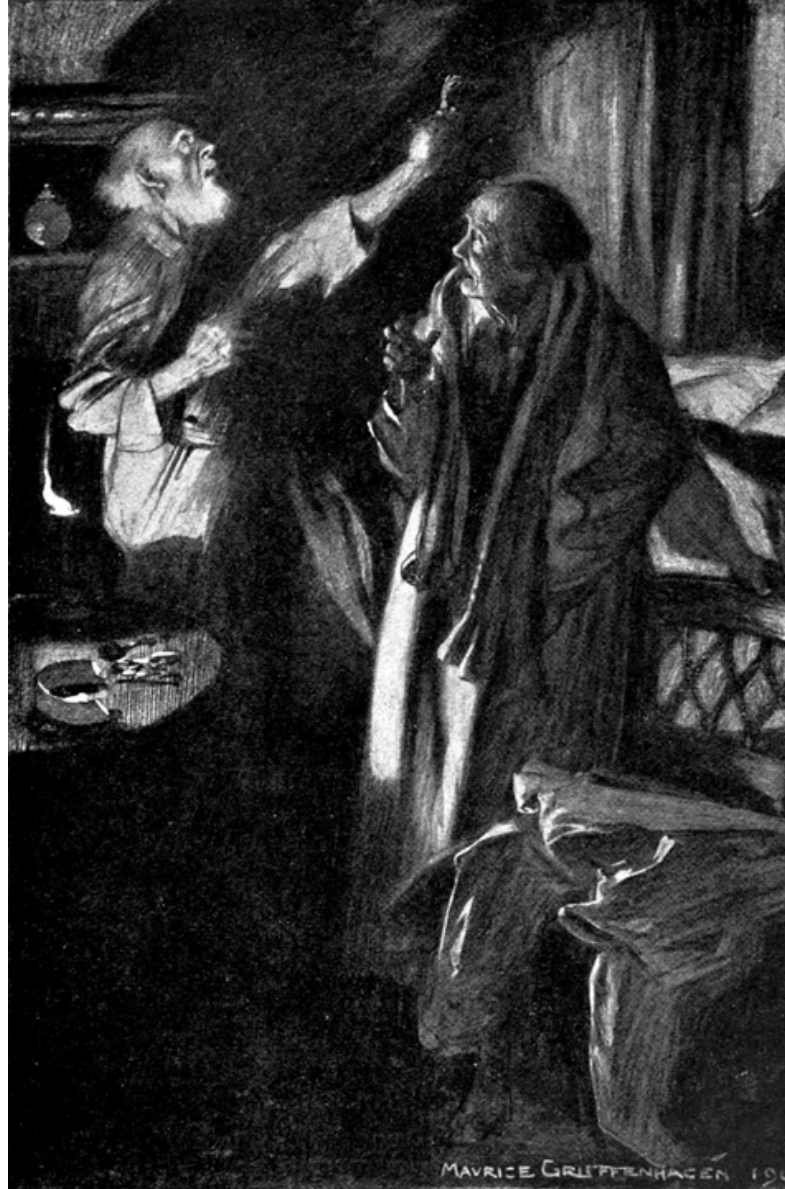
"Es tonto y malvado", titubeó él.

"¡Desea!" repitió su esposa.

Él levantó su mano. "Deseo que mi hijo vuelva a vivir." El talismán cayó al suelo, y lo miró temerosamente. Luego se hundió temblando en una silla mientras la anciana, con ojos ardientes, caminaba hacia la ventana y subía la persiana.

Se sentó hasta que el frío lo calentó, echando de vez en cuando un vistazo a la figura de la anciana mirando a través de la ventana. El resto de la vela, que había quemado por debajo del borde del candelabro de porcelana, estaba lanzando sombras pulsantes en el techo y las paredes, hasta que, con un parpadeo más grande que el resto, se extinguió. El anciano, con una sensación indescriptible de alivio por el fracaso del talismán, se arrastró de vuelta a su cama, y un minuto o dos después, la anciana llegó silenciosa y apáticamente a su lado.

Ninguno habló, pero yacieron en silencio escuchando el tic-tac del reloj. Una escalera crujía, y un ratón chirriante corría ruidosamente a través de la pared. La oscuridad era opresiva, y después de yacer algún tiempo reuniendo su coraje, tomó la caja de cerillas y, encendiendo una, bajó por una vela.



"¿QUÉ ES ESO?" GRITÓ LA ANCIANA.

Al pie de las escaleras, la cerilla se apagó, y él se detuvo para encender otra; y en ese mismo momento, un golpe, tan silencioso y furtivo que apenas era audible, sonó en la puerta principal.

Las cerillas cayeron de su mano y se dispersaron por el pasillo. Él se quedó inmóvil, con la respiración suspendida hasta que el golpe se repitió. Entonces se giró y huyó rápidamente de vuelta a su habitación, cerrando la puerta detrás de él. Un tercer golpe resonó a través de la casa.

"¿Qué es eso?" gritó la anciana, levantándose de un salto.

"Una rata," dijo el anciano con voz temblorosa — "una rata. Me pasó en las escaleras."

Su esposa se sentó en la cama escuchando. Un golpe fuerte resonó a través de la casa.

"¡Es Herbert!" gritó ella. "¡Es Herbert!"

Ella corrió hacia la puerta, pero su esposo estaba delante de ella, y agarrándola por el brazo, la sostuvo firmemente.

"¿Qué vas a hacer?" susurró él roncamente.

"Es mi hijo; es Herbert!" gritó ella, luchando mecánicamente. "Olvidé que estaba a dos millas de distancia. ¿Por qué me sujetas? Suéltame. Debo abrir la puerta.

"Por el amor de Dios, no lo dejes entrar," gritó el anciano, temblando.

"Tienes miedo de tu propio hijo," ella gritó, luchando. "Déjame ir. Ya voy, Herbert; ya voy."

Hubo otro golpe, y otro más. La anciana, con un tirón súbito, se soltó y corrió fuera de la habitación. Su esposo la siguió hasta el rellano, y la llamó suplicante mientras ella bajaba corriendo las escaleras. Escuchó el ruido de la cadena al ser retirada y el cerrojo inferior sacado lentamente y con dificultad del encaje. Luego, la voz de la anciana, tensa y jadeante.

"El cerrojo," gritó, fuertemente. "Baja. No puedo alcanzarlo."

Pero su esposo estaba de rodillas, buscando frenéticamente en el suelo la pata. Si solo pudiera encontrarla antes de que la cosa de afuera entrara. Una auténtica ráfaga de golpes reverberó a través de la casa, y escuchó el raspado de una silla mientras su esposa la ponía en el pasillo contra la puerta. Escuchó el crujido del cerrojo mientras se retraía lentamente, y en ese mismo momento encontró la pata del mono y, frenéticamente, formuló su tercer y último deseo.



El golpear cesó de repente, aunque los ecos de este aún estaban en la casa. Escuchó la silla ser arrastrada hacia atrás, y la puerta abrirse. Un viento frío subió por la escalera, y un largo y fuerte lamento de decepción y miseria de su esposa le dio coraje para bajar a su lado, y luego hacia la puerta. La luz parpadeante de la farola de enfrente iluminaba una calle tranquila y desierta.

**¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE**  
**[WWW.ELEJANDRIA.COM](http://WWW.ELEJANDRIA.COM)!**

**DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE OBRAS DE DOMINIO  
PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB**

1. [La pata de mono - W. W. Jacobs](#)
2. [La pata de mono](#)
3. [W. W. Jacobs](#)
  1. [I](#)
  2. [II](#)
  3. [III](#)